

MAURICE ZUNDEL (1897-1975)  
 UN TEÓLOGO Y UN MÍSTICO PARA NUESTRO TIEMPO<sup>1</sup>

**1) Biografía**

*Maurice Zundel, libre y pobre*

Maurice Zundel nació en 1897, en Neuchâtel (Suiza). Su padre era funcionario de correo; su madre trabajaba en la casa. Su ciudad: burguesa, un poco fría, muy protestante en esa época.

El pequeño Maurice frecuenta la escuela y luego el colegio de su ciudad, donde es poco menos que el único católico. Tiene por compañero de clase a Jean Piaget, el conocido psicólogo. Muy pronto, le gustarán las ciencias y formará con Piaget un club de amigos de la naturaleza, en el que se realizaban investigaciones sobre los insectos, moluscos o pájaros. Esta pasión por la ciencia no lo abandonará jamás: durante su vida leyó con entusiasmo las obras científicas más significativas. Llegó a leer la teoría de la relatividad de Einstein. Tuvo una gran admiración por Jean Rostand, cuyo desinterés le fascinaba. Para Zundel, la ciencia es más que la ciencia: Es búsqueda de la verdad sobre el universo y al mismo tiempo diálogo oscuro, asombrado o luminoso con la verdad del Creador. Para él, el verdadero sabio es aquel que busca comprender, que sirve a la verdad y que se regocija por la luz inefable y gratuita que surge en él, cuando alcanza una verdad profunda, esencial. El sabio es aquel que busca hacer crecer al hombre en un conocimiento y en un dominio más responsable del universo.

A los catorce años fue sacudido por una experiencia espiritual profunda, decisiva para él. Como tantas veces, había ido a rezar a la iglesia de Nôtre-Dame de Neuchâtel, una construcción neogótica muy sombría. Permanecía delante de la imagen de la Inmaculada de Lourdes. De repente, la presencia de la Virgen lo penetra hasta lo más íntimo y recibe desde ese momento la vocación a la virginidad, que no lo abandona jamás: tanto lo había impresionado la imagen de María. Ella se convierte para él en el sacramento del amor maternal y virginal de Dios, de ese amor lleno de ternura que nunca quiere poseer. “Yo la llamo *Virgo Virginans*: ¡Oh Virgen que nos virginiza! *Virgo Virginans*: esto es delicioso”. Zundel tuvo desde entonces un enfoque muy particular del amor virginal: es el amor que no cierra los brazos, que está siempre en actitud de don. Un poco como el agua casta del *Cántico del Sol* de san Francisco, el agua que fluye, sin detenerse jamás.

En la misma época, él frecuentaba a un compañero protestante, aprendiz de mecánico, muy piadoso: había tapizado su habitación de versículos de san Juan. Era de condición muy modesta. Juntos hablaban de la condición de los pobres, pero también de la bienaventuranza de la pobreza. Se pusieron a leer *Los Miserables* de Victor Hugo y Zundel queda para siempre impresionado por la magnánima acogida que Monseñor Myriel hizo a Jean Valjean. Desde entonces quiso ayudar a los pobres y sobre todo hacerles sentir su dignidad.

Esta inquietud no lo abandona jamás. El padre Zundel daba todo; los vagabundos de Lausana lo sabían y golpeaban a su puerta. Darles todo era su forma de mostrar a los mendigos que ellos eran “príncipes”. Y si una condesa que había allí a las orillas del lago Léman le daba

---

<sup>1</sup> Tomado del sitio: [www.annesigier.qc.ca/zundel/biographie.html](http://www.annesigier.qc.ca/zundel/biographie.html); artículo de Marc Donzé publicado para: *Documents Épiscopats, Bulletin du secrétariat de la conférence des évêques de France*, n° 12, julio-agosto 1989. Traducción de las Hnas. Benedictinas del Monasterio Ntra. Sra. del Paraná (Aldea María Luisa, Entre Ríos, Argentina). El P. Marc Donzé es especialista en Maurice Zundel, a quien le consagró su tesis doctoral: *La pensée théologique de Maurice Zundel*. Actualmente es párroco de la parroquia St. Pierre en Fribourg (Suiza) y profesor de teología pastoral en el Seminario diocesano.

un sobre con dinero, él lo daba inmediatamente, sin prestar atención a la suma que contenía. Desde esta época, es sensible a los problemas de justicia social. En 1921 toma partido públicamente, prácticamente solo, a favor del voto de la mujer. Y a partir de los años treinta escribe sobre la huelga, proponiendo las soluciones de hoy. Aborda también los problemas demográficos. Esto era entonces poco común en el clero.

Desde los 16 a los 18 años, pasó dos años en el colegio de la abadía benedictina de Einsiedeln. Fue cautivado por la liturgia, a la cual consagrará más tarde su obra más conocida: El “Poema de la santa liturgia”. Pero sobre todo, fue subyugado por el silencio de los monjes. El silencio se le hizo indispensable, como el único camino hacia Dios, hacia la belleza, la verdad, la amistad. Dirá: “El silencio está formado de apertura, de dimisión, de pobreza. Si es imposible encontrar la belleza y el amor fuera del silencio, quiere decir que Dios es silencio, así como es pobreza”.

Hizo enseguida sus estudios de teología en el Gran Seminario de Friburgo, donde tuvo como discípulo al futuro cardenal Journet. Este fue para él un período difícil y árido. No encontraba allí el silencio y el hermoso orden litúrgico de los benedictinos. Pero sobre todo, le daba pena tener que soportar la escolástica que, según a él le parecía, encerraba a Dios en un sistema. Tenía miedo de hacer de Dios un “gran soberano dominando el mundo”, mientras que el único Dios del que hace falta hablar es del “Dios del corazón del hombre”, según la expresión de san Francisco de Sales. Toda su vida quiso hablar únicamente del Dios de Jesucristo, del Dios trinitario, del Dios humilde y pobre, que había tocado su corazón y transformado su vida. Su teología nació de su experiencia. Él lo dice en una fórmula sugestiva: “Dios no es una invención: es un descubrimiento”. O más bien: “Dios... es una experiencia”.

El enfoque zundeliano se nutre del corazón de la experiencia: en esto radica su fuerza. Porque si la experiencia es profunda, podrá encaminar mucho mejor a quienes encuentren en los escritos y la vida de Zundel una consonancia con lo que ellos viven.

Pero, evidentemente, esta es también su debilidad. Pues el pensamiento de Zundel puede permanecer extraño –incluso enigmático– para aquél que se acerca a Dios o a su propia interioridad por caminos diferentes del suyo. En este sentido, no nos asombra que el padre Zundel –en su originalidad, coloreada por el personalismo y el encuentro del Poverello– y el cardenal Journet –tomista y sistemático– no se hayan entendido mucho.

En 1919, Maurice Zundel es ordenado sacerdote en Friburgo y enviado como vicario a la parroquia san José, la más grande de Ginebra. Muy pronto su apostolado llama la atención, pues él no hace nada como todo el mundo. Se siente incapaz de enseñar el catecismo tal cual es; prefiere conducir a los niños a Dios a través del asombro ante las grandes obras de arte o a la luz de los recientes descubrimientos científicos. Con los jóvenes y las jóvenes, hablaba de problemas socio-económicos, del matrimonio y hasta de educación sexual. Uno de sus antiguos niños de catecismo me decía recientemente: “Tenía un sentido tal de la grandeza del hombre que quería comunicárnosla. A veces, no comprendíamos nada o estábamos desconcertados, pero lo seguíamos, pues él nos respetaba y nos elevaba”.

Pero la originalidad y el celo no son siempre bien vistos. Uno de sus colegas, al que Zundel había sorprendido sin quererlo en una molesta postura moral, lo denunció calumniosamente por sus audacias. El obispo de entonces, Mons. Besson, hace sobre Zundel un juicio cuyas consecuencias serían graves: “Es un francotirador, y la Iglesia no quiere a los francotiradores”.

El obispo decidió alejar a este “original”. Entonces comienza un largo y doloroso período de exilio, de 1925 a 1946. Zundel es primero enviado a Roma, al *Angelicum*, para “rehacer” allí su teología con el P. Garrigou-Lagrange. Profundizará allí el tomismo. Eligió la filosofía, y su tesis doctoral se titulará: “La influencia del nominalismo sobre el pensamiento cristiano”.

En 1927, el obispo lo envía a París. Zundel pasa seis meses como tercer vicario en Charenton. Solo, casi sin trabajo pastoral, cree morir de aridez. Pero más tarde dio gracias por esta terrible experiencia y no guardará ninguna amargura. “Porque –dirá en substancia– fue en ese momento cuando experimenté en lo profundo de mi carne el silencio, la pobreza, la cruz, y tuve que encontrar mi propio camino en el pensamiento y la acción. Sin ese período de muerte, yo no hubiera nunca llegado tan lejos”.

Pronto encuentra un lugar de segundo capellán de las benedictinas de la calle Monsieur. Comienza a respirar de nuevo. Traba allí grandes amistades con el Padre Montini, Charles Du Bos, Louis Massignon...

De este tiempo data el encuentro de Zundel con san Francisco de Asís. El Dios pobre se hace vida para siempre en él. “Encontré en ese momento la presencia de san Francisco de Asís. Yo no podía imaginar la influencia que él tendría en mí, en concordancia con lo que la teología me había dado de mejor [...]. El incendio se produjo en mí: percibía que la mística trinitaria era la expresión de una generosidad, que el espíritu podía ir más lejos. San Francisco se me apareció como aquel que tuvo la misión única de cantar a la pobreza como a una persona y de ver en ella al mismo Dios. Lo que los teólogos decían admirable pero fríamente, se volvió vivo y la síntesis se hizo por sí misma: la sabiduría de Dios se identificaba con la pobreza”.

Desde entonces, el himno a la señora Pobreza iluminará todo su pensamiento y Zundel designará al Poverello, no sin algún humor, como el más grande “teólogo” de todos los tiempos.

El exilio le da también la posibilidad de escribir. Y su primera obra –que perdura como la más célebre– trata precisamente del silencio y la liturgia con el lirismo de la contemplación. Se trata del “Poema de la santa liturgia” que Mons. Montini se tomó la molestia de hacer traducir al italiano, como recuerdo de las hermosas horas pasadas en la calle Monsieur.

La vida errante continúa. Zundel fue sucesivamente capellán de los asuncionistas de Londres, capellán de pensionados de jóvenes en La Tour-de Peilz (Suiza) y en Neuilly. Publicó dos obras de una gran claridad y de un sabor espiritual intacto: “El Evangelio interior” y “Nuestra Señora de la Sabiduría”.

En 1937 pudo por fin realizar uno de sus más queridos sueños: va a pasar un año en la Escuela bíblica de Jerusalén. Estudió allí lenguas y el texto bíblico con un verdadero entusiasmo. Con frecuencia dormía sólo cuatro horas por noche. Quería con todas sus fuerzas comprender quién era el Pobre de Belén, de Nazareth y de la Cruz.

A menudo se ha reprochado a Zundel su “desprecio” por el Antiguo Testamento. Porque a veces hablaba de él de manera crítica. Está claro que no ignoraba la Ley y los Profetas y que sabía gustar de su grandeza (su estadía en Jerusalén lo atestigua). Pero Zundel estaba tan penetrado de la grandeza y la maravilla del Dios trinitario, era tan celoso del Dios Amor, que todos los pasajes de la Antigua Alianza donde Dios aparecía con rasgos de cólera, de castigo, de prohibición, le parecían indignos de Él. Veía allí simplemente la paciente pedagogía divina, en la que el Todo Amor tuvo que dejar que a veces se lo designara de un modo indigno de él, a causa de la debilidad de los hombres, lentos para avanzar. Para él era necesario interpretar todo a partir de la novedad radical aportada por la Revelación de Jesucristo.

De regreso en Neuilly, en 1938, publica un nuevo libro: “Búsqueda de la persona”. Este libro será retirado del comercio por orden de su obispo. Zundel hablaba allí de manera demasiado realista y audaz sobre el matrimonio y el amor. Lo cual, para la época, era inconveniente para la pluma de un sacerdote. Pero por otra parte Zundel no era menos exigente que Pablo VI en su manera de concebir la moral conyugal, aunque sin encerrar a nadie en categorías culpabilizadoras.

Al declararse la guerra, en 1939, regresa a Suiza y se alberga durante algún tiempo en un cuartito del campanario de Bex (cantón de Vaud). Como está siempre sin trabajo, escucha los consejos de sus amigos Louis Massignon y Mary Kahil. Vuelve a El Cairo, donde asumirá hasta 1946 toda clase de ministerios. Se siente útil –al fin– tanto más cuanto que muchos sacerdotes han tenido que dejar Egipto en ese momento.

Inevitablemente, encuentra el Islam. Es un choque en el que se mezclan la admiración y el terror. Admira la poesía y la grandeza del Corán, le gustan los místicos musulmanes, especialmente *Hallaj*. Pero se siente molesto por el peso sociológico de la religión, él que está tan atento a la libertad de la persona. Sobre todo, vive al Dios del Islam como una pesadilla, por más hermosa que pueda ser la letanía de sus noventa y nueve nombres. Teme ver en este Dios solitario una especie de “faraón todopoderoso”, de “déspota inaccesible”, ante el cual sólo cabe someterse y que resulta totalmente incomprensible para la vida espiritual de un hombre libre.

Descubre entonces con una nueva profundidad el misterio trinitario. “Dios es único, pero no solitario”, “Dios es Don”, “Dios es Amor”, “Dios es Compartir”, en su mismo ser. Dios crea al hombre en una estructura de Alianza; él crea al hombre libre. Dios rescata al hombre en una estructura de Alianza.

Desde entonces, no cesará de clamar con toda su energía que la Revelación trinitaria constituye la clave de todo el misterio del hombre; que representa el fundamento de la liberación del hombre, que, libre de sí y de todo, puede lanzarse en los brazos de un Dios que es Libertad. No cesará de hablar del misterio de la Trinidad con ardor, pero también con precisión, pues es probable, dice, que si Mahoma hubiera conocido con exactitud la revelación trinitaria, no habría hablado así del Dios revelado en Jesucristo.

De este paso por El Cairo conservará muchos amigos, que continuará visitando hasta su muerte.

En 1946 vuelve a Suiza. Finalmente recibe un nuevo destino en su diócesis: el puesto de auxiliar en la parroquia del Sagrado Corazón de Ouchy, en Lausana, que conservará hasta su muerte.

Durante cerca de treinta años lleva una vida de predicador itinerante, que lo conduce a París, Londres, Egipto, Líbano. Da innumerables retiros y meditaciones. Hace dirección espiritual con una disponibilidad constante. Vacía sus bolsillos para los pobres. Escribe algunos libros: “Diálogo con la Verdad”, “Moral y Mística”, “Yo es Otro”, etc. Su palabra es brillante. Es auténtica, ya que concuerda perfectamente con su profunda vida espiritual. Es rica y seductora, apoyada sobre una inmensa cultura. Sobre todo, ella habla del hombre y de Dios con una transparente convicción. Algunos encontraron en ella un alimento inefable. Fueron pocos... no serían premiados por el éxito. Pero existe la fecundidad después de la muerte.

En medio de esta vida humilde, trágica a veces, llega el llamado de Pablo VI a predicar el retiro en el Vaticano en 1972. Santa audacia del papa. El pequeño sacerdote, a menudo incomprendido, habla con gran simplicidad ante el auditorio más venerable que se haya podido imaginar. Al fin del retiro, el papa dirá en su homilía: “Acabamos de seguir [...] todas sus meditaciones tan espirituales, tan profundas, y al mismo tiempo tan cercanas a nosotros, tan próximas a nuestra experiencia. [...] Pero antes que el dominio de una dialéctica o de una meditación discursiva, me parece que hemos sido invitados a descubrir un método y a imprimir en nuestra alma una actitud: la de buscar la profundidad de las cosas haciendo brotar la interioridad de lo que conocemos y vivimos, comenzando por nuestra propia persona”.

A comienzos de 1975, sufre una embolia cerebral que lo priva de la palabra. Último despojo para él, que sabía tanto de lenguas. Una sorda angustia lo aprieta ante su vida que se disgrega. Escribió: “Tú, cuyo silencio es creador, en el exceso de mis males, no dejes que se apague mi espíritu. Aplaca mi angustia con Tu presencia de luz”.

Vio la Luz eterna el 10 de agosto de 1975. Muchos de aquellos que lo conocieron dirán que era un santo.

## 2) Aproximaciones a su pensamiento

Maurice Zundel ha dejado una veintena de libros y numerosos artículos. Además, sus oyentes han recogido numerosas grabaciones de sus retiros y homilías. Un buen número ha sido publicado.

Pero no se trata de hablar aquí de todos los escritos de Maurice Zundel, sino más bien de hacer una aproximación a la riqueza de su pensamiento.

### *La desapropiación y el don: un itinerario teológico*

En un primer acercamiento, el lector o el oyente tienen la impresión de estar ante un conjunto de temas muy diferentes. Veamos por ejemplo los títulos de algunos capítulos de “Yo es Otro”: “Encuentro consigo mismo y con Dios”; “El problema del mal”; “La moral de obligación y la moral de liberación”; “El verdadero rostro de Cristo”; “El psicoanálisis y los sacramentos”. Esta diversidad puede desconcertar a un espíritu sistemático. Pero Zundel no es

un universitario: es un místico, un poeta y un pastor. Y el modo como van irrumpiendo los temas se debe a su manera de meditar las cosas de la vida y las cosas del espíritu.

En efecto, se detiene sobre uno de los aspectos más nobles o más dolorosos de la experiencia humana y ahonda en todas sus implicaciones, hasta encontrarles su ubicación a la luz de Dios. O, si medita sobre uno de los aspectos del misterio cristiano, busca mostrar lo que éste puede aportar a la vida del hombre. Trata también de expresar todas las consecuencias éticas que implica el misterio trinitario.

El pensamiento de Zundel se presenta así como un continuo ir y venir entre el hombre y Dios, entre las experiencias de la vida y las iluminaciones de la Revelación. Esta última tiene para él un aspecto “radiante” o “solar”. Un sector de la experiencia humana va a abismarse en el “Sol” del Dios revelado y, a partir del Fuego divino, se esclarece la vida y el comportamiento del hombre.

De hecho, el carácter discordante de los escritos de Zundel no es más que aparente. Pues su pensamiento es profundamente uno. Encuentra su coherencia en aquella experiencia fuerte y original que fue el encuentro de Zundel con el Dios humilde y pobre del Evangelio. El Dios de san Francisco de Asís... y de tantos otros que fueron atrapados por el Cristo de Belén, de Nazareth, del Gólgota. Zundel mismo no estuvo nunca tentado de sistematizar su pensamiento. Este no era su carisma; tenía incluso aversión por el espíritu de sistema. Pero algunos después de él han tratado de mostrar su profunda organicidad, tratando de permanecer fieles al movimiento de la experiencia *zundeliana*. Y, justamente, me voy a arriesgar aquí a una breve expresión sintética.

#### *A. Encuentro con el hombre*

El punto de partida es el hombre. “Si hay problemas, es porque el hombre mismo es un problema”, le gustaba decir a Zundel. Para él, el hombre es digno de una atención infinita, ya que Dios mismo le presta una atención infinita.

Pero entonces ¿qué es el hombre? Ante esta pregunta, Zundel va a introducir una distinción original entre el yo-posesivo y el yo-oblativo (o, lo que viene a ser lo mismo, entre el yo que es resultado de sus condicionamientos y el yo que se origina en su libre generosidad). Al comienzo, por su nacimiento, el hombre es un conjunto de determinismos: él no eligió nada de lo que es en el primer día. Tiene, pues, que hacerse: llegar a ser hombre es una vocación.

Puede entonces tomar dos direcciones. Una: quedarse atrapado en sus determinismos de raza, de clase e incluso de religión; permanecer atado a su yo-posesivo que lo atrae hacia sí lo más posible, como un niño que grita para que sus necesidades sean satisfechas; permanecer esclavo de las energías y de las pulsiones impersonales que crecen en él. En este caso, “no hay todavía persona”. Porque para Zundel, la persona no acontece más que en el don. No se vuelve libre, no adquiere su verdadero espacio más que en el momento en que, apoyándose sobre todo aquello que ella ha recibido, se abre a la ofrenda, a la oblación. En este sentido, la persona no adviene más que al precio de una conversión, que la hace pasar de ser guardiana celosa de sus bienes y de su espacio, a la generosidad. Esta es la dirección verdadera: la oblatividad.

No se trata de una demanda de principios, sino de una experiencia liberadora, en la que el hombre se descubre más grande que él mismo, en la luz que surge en él desde que se abre al otro. “El hombre excede al hombre”, decía Pascal. Y Zundel hizo de esto el título de uno de sus libros.

Zundel no cesa de describir las experiencias que permiten al hombre realizarse descentrándose. Privilegia tres, todas en la línea del conocimiento y del amor: el encuentro con la belleza en el arte, la búsqueda de la verdad en la ciencia, la comunión en la relación interpersonal.

Tiene una concepción muy exigente del arte: el artista no lo es verdaderamente más que si, trabajando la materia, el color, los sonidos, las palabras, anda en búsqueda de la Belleza, cuyo encuentro es atestiguado por la armonía que de repente surge en él. Asimismo, el admirador puede sentir, en algunas ocasiones, al escuchar o al mirar, un olvido de sí que lo lleva hacia “riberas desconocidas”.

Del mismo modo, el sabio no es auténtico sino cuando, en una búsqueda desinteresada, sale al encuentro de la verdad, cuya Presencia se levanta en él, como una luz que fecunda un asombro siempre nuevo. A este respecto, a Zundel le gustaban mucho Einstein y Jean Rostand, que tuvieron una forma casi mística de hablar de ese estupor.

La relación interpersonal conlleva la misma exigencia de encuentro, de olvido de sí, de absoluto. Dice Zundel de la amistad: “Cuando la amistad llega a ese punto de fusión en que las almas se comunican en un silencio que sobrepasa toda palabra, una luz indecible las va revelando la una a la otra, en la Presencia misteriosa que las identifica. Es difícil describir tal unidad. Todo lo que se puede decir es que la persona ofrece a la persona su secreto, en la claridad viviente que es el día del espíritu. Las palabras serían incapaces de definir un estado cuyo carácter esencial es lo ilimitado. Ellas tienen su lugar antes y después: antes, como la declaración de una confianza que busca comprometerse; después, como el eco luminoso o como la espera apacible de esa comunión total, en la identidad vivida que es la amistad misma”.

Destacaremos de paso la estructura tripolar de esta experiencia fundamental: los dos amigos y la Presencia de claridad que se levanta en ellos. Esto será de una gran importancia en el acercamiento zundeliano al misterio trinitario.

Así, pues, el hombre no se vuelve hombre más que en el encuentro, en el que él se pierde de vista para hallarse reconstituido en una dimensión más plena. A Zundel le gustaba traducir esa experiencia con palabras que él toma de Rimbaud: “Yo es otro”.

En una línea complementaria, Zundel analiza también los componentes del misterio de la **persona humana**. Quisiera señalar aquí, en pocas palabras, su manera de pensar a propósito de cuatro aspectos principales de este misterio. La **dignidad** del hombre es una vocación, pues el hombre es digno, de hecho, del valor infinito que presiente en el fondo de sí, y que está llamado a encontrar en sí y en lo íntimo de cada ser. La **interioridad** (o el recogimiento, para decirlo con Gabriel Marcel) permite al hombre volverse fuente y origen de sus propios actos y pensamientos, y encuentra su realización en el espacio infinito al cual da acceso. La **libertad** es también una vocación y una conquista: es liberadora de sí, “en el silencio de sí que acoge todo y no limita nada”. Libertad de sí para ser enteramente. La **pobreza**, por último, es para Zundel lo que describe mejor a la persona, pues la vocación del hombre, ser limitado al mismo tiempo que sediento de infinito, es partir al encuentro de ese infinito por la desapropiación de sí, el don de sí y la acogida del otro.

Para Zundel no hay, por consiguiente, hombre verdadero más que en el encuentro (en el sentido pleno del término). El solipsismo humano es un absurdo. Pero, el encuentro...¿con qué, de qué? Cuando Zundel habla del hombre, la pregunta aflora constantemente y despierta una sed, casi una impaciencia. Es necesario entonces que ella encuentre respuesta.

Otro no sabría ser simplemente un hombre, ni más capaz que yo de cimentar mi infinita dignidad, ni de colmar la exigencia infinita del don de mi libertad.

Pero hay otro a quien Zundel llama Presencia. Y describe sus características, tales como se presentan a través de la experiencia humana. Él es personal, puesto que es personalizante. Él es Belleza, Luz y Verdad. Es Libertad, ya que puede recibir el homenaje de mi libertad. Es Pobreza –desapropiación y don–, ya que puede satisfacer el anhelo de mi pobreza. Es absoluto e infinito, ya que puede colmar lo infinito de mi deseo.

En suma, la experiencia humana apunta en dirección a Dios; y si Zundel lo llama Presencia, es para preservar el misterio. Esta aproximación casi filosófica a Dios se caracteriza por la convicción de que Dios debe ser, como absoluto, lo que en el hombre está depositado como llamado, deseo, vocación infinita, y que no puede entonces haber contradicción entre lo que Dios es y lo que el hombre es, considerando el aspecto más noble de su espíritu y de su corazón.

## *B. Encuentro con Dios*

Entonces, ¿quién es Dios? O mejor, ¿existe esta Presencia? Terrible cuestión para Zundel, porque si ella no existiera, el hombre no sería más que una horrible quimera.

*Aquí interviene, como un soplo liberador, la Revelación cristiana, pues ella llega a decir “Dios” de una manera que colma al hombre con una sobreabundancia sorprendente, insospechada e insospechable. El deslumbramiento de Zundel ante el Dios del Evangelio da testimonio de que, para él, Dios no es solamente la respuesta a la pregunta del hombre, sino un don infinitamente más grande, en el cual el hombre puede realizarse y “perderse”, como un niño maravillado en una catedral.*

Cuando habla de Dios, Zundel va enseguida a lo esencial, al centro, al misterio trinitario. La Trinidad no es un jeroglífico: es el don más liberador y el más precioso. Pues nos dice precisamente que Dios no es completamente extraño a la experiencia más noble del hombre. Si Dios fuera un narciso infinito que se contemplara eternamente a sí mismo, o un Potentado arbitrario, sería una pesadilla y no comprenderíamos nada. Pero en Dios existe la Relación, existe el Otro. En Dios está el don del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, en la respiración del Espíritu. En Dios existe el Amor eternamente comunicado. En la inmanencia del ser de Dios, existe el Otro. **Yo es Otro:** el Padre, una mirada hacia el Hijo; el Hijo, una mirada hacia el Padre; el Espíritu Santo, una mirada hacia el Padre y el Hijo.

Si Dios es así en su ser mismo, toda la exigencia de la experiencia humana se vuelve comprensible. Y viable. El hombre puede entonces tomar el duro camino del don de sí en la liberación de sí mismo, pues Dios es, absolutamente, aquel que llama al hombre. Dios es Don y Desapropiación eternos. Dios es, en este sentido, Pobreza. Y san Francisco de Asís lo comprendió con una poesía insuperable.

A partir de esta cima, Zundel va a desarrollar todo el misterio cristiano en el lenguaje de la pobreza, que no es únicamente poético o espiritual: es el modo de hablar que manifiesta mejor las correspondencias entre la experiencia humana y la Revelación cristiana. Esto es lo que lo hace tan sugestivo para muchos.

*Después del misterio de la Trinidad, Zundel sale al encuentro de la Encarnación. El Verbo encarnado es el encuentro de dos pobrezas: la de la segunda persona de la Trinidad, totalmente desapropiada en su orientación al Padre en la respiración del Espíritu; y la de la humanidad de Jesús, totalmente desapropiada de sí misma y por lo tanto enteramente disponible para Dios, que tiene por personalidad la misma del Verbo. Para Zundel, Jesús es el caso límite del ser-hombre. El hombre nace con una “autonomía fraudulenta” que lo constituye en una especie de yo-posesivo, del que tiene que liberarse. En Jesús, y esto es único, todo siempre se ajusta a Dios en una pura y absoluta transparencia. Dinamizada enteramente por un impulso divino, su naturaleza está revestida de una personalidad divina que la hace pasar por completo al reino de Dios, concediéndole una misión proporcional a tal gracia.*

Así ubicado, Jesús es el horizonte absoluto de nuestro llegar a ser hombres, de nuestra liberación de nosotros mismos y de nuestro don.

Jesús es también el Salvador. Por el don de su vida en obediencia a la libertad del hombre (cuya capacidad de elegir está aún en “fraudulenta autonomía”), él muestra con qué Amor respetuoso ama Dios al hombre. Jesús escribió sobre la cruz esta vertiginosa ecuación: “para Dios, el hombre iguala a Dios”. Pobreza suprema de Dios que se somete a la voluntad de la criatura, que continúa ofreciendo el amor para que un día el amor responda al amor. Poder supremo de Dios que, en el punto en que el corazón se abre al amor, puede hacer surgir la vida, la paz, la alegría; puede recrear lo que estaba dislocado.

Si Dios es Amor, no puede crear más que en el amor, es decir en una estructura de alianza. Como le gusta decir a Zundel, Dios ha abierto el anillo de oro de los desposorios eternos, y encargó al hombre la misión de cerrarlo. Desde entonces, la creación es una historia de dos, en la que el hombre puede ofender a Dios rechazando la alianza. Con respecto a la criatura, Dios es humilde, pues se pone en dependencia de las opciones de su libertad. Más aún, corre el riesgo de convertirse en víctima del mal, ante el posible rechazo del hombre.

Este es un tema muy fuerte en Zundel: Dios es inocente del mal; es imposible que él quiera el mal, o más aún, que lo permita. Dios es misteriosamente víctima del mal, porque el mal es ruptura de la Alianza. Por esto el pecado puede ser tan terrible: lo que atañe al hombre,

atañe a Dios. Y tan poderoso: cuando se rechaza la alianza, se destruye la creación. Desde entonces, cuando una persona es víctima del mal, sea por la malicia de los hombres, sea por la creación que “no está en el estado en que ella debería estar”, Dios está misteriosamente con ella, portando su sufrimiento en la compasión. Dios se compadece de su criatura, hasta tomar sobre sí toda desdicha para sumirla en la soberana potencia de la recreación.

La Iglesia, entretanto, también es misterio y vocación de pobreza. Porque tiene la misión de dar a Cristo, de convertirse en transparencia de su Presencia. El sacerdote tiene la misión de borrarse, para transmitir verdaderamente al Cristo que se entrega y que perdona. El Papa mismo recibe el carisma de la infalibilidad para desaparecer enteramente ante la acción del Espíritu y no para consolidar una autoridad cualquiera. En una palabra, la Iglesia está llamada a convertirse en el sacramento de Jesús, tan transparente como sea posible. Pues, para Zundel, “la Iglesia es Jesús” y todo lo que en ella no es de Cristo, no es verdaderamente Iglesia.

Todavía podrían intervenir aquí otros temas, por ejemplo la Virgen María o la Eucaristía, pero espero que se hayan dado cuenta, por algunas de estas aproximaciones, del tono particular de Zundel y del poder de seducción y de coherencia que puede aportar.

### *C. Direcciones de pensamiento para la ética*

El encuentro del hombre con Dios en la dinámica de la pobreza no deja de tener sus consecuencias. Por eso Zundel, aunque no tuvo nunca la intención de escribir un tratado de moral, elabora algunas pistas éticas muy fragmentarias.

Su reflexión de fondo se apoya precisamente sobre el necesario encuentro entre el hombre y Dios, para que el hombre pueda llegar a su verdadera realización. En este sentido, para él no hay moral sin mística. Repite a menudo con insistencia: “El bien, no es alguna cosa a hacer: el bien es Alguien”. El itinerario ético consiste pues en pasar del yo-posesivo al yo-oblativo, en el encuentro de Cristo pobre que indica el camino. Es pues un llamado más que una ley; una dirección para alcanzar la plena grandeza del hombre antes que una codificación *hic et nunc* de lo que debe ser el comportamiento humano. Esto no es menos exigente: es reconocer la única fuente posible del ser moral en la relación que abre al hombre a Dios y a su hermano.

Este llamado, por místico que sea, no permanece menos realista y comporta consecuencias concretas. Veamos algunos ejemplos.

Con respecto a las pasiones: en el hombre, hay pasiones, pulsiones, energías, que son fuerzas vitales. No se trata de extinguirlas o de rechazarlas, sino de verlas y ordenarlas, haciéndolas servir a la generosidad y la oblatividad fundamental del hombre. No se puede elevar lo instintivo más que haciéndolo entrar en ese circuito de amor donde el ser se abre, se entrega y se realiza en la transparencia de una generosidad creativa.

Con respecto al amor conyugal: no se lo puede vivir verdaderamente más que en esa reciprocidad de mirada y en esa infinita luz, en la que la Trinidad es el modelo y la Presencia. En este sentido, el niño es como el fruto personal de ese indecible intercambio.

Con respecto al derecho de propiedad: no puede servir para el acaparamiento exagerado y fraudulento de los bienes. Debe simplemente dar a las personas un espacio de seguridad, para que ellas puedan convertirse en un espacio de generosidad, de acogida, de don.

Y todo se termina en el silencio, donde el alma se recoge en Dios. Pues “nos permite escuchar, en la raíz de nosotros mismos, esa música callada, esa música silenciosa que es, para san Juan de la Cruz, uno de los nombres más conmovedores de Dios”. Y del silencio nace la alegría, “música de la aceptación de un bien que nos colma”.

*Avenue Jean-Gambach 4  
1700 Fribourg, Suiza*